



CARTAS Á UN NIÑO

SOBRE LA ECONOMÍA POLÍTICA.

VIII.

Vamos á trazar hoy, á grandes rasgos, las muchas y muy diversas cuestiones que se relacionan con el trabajo, factor indispensable de la produccion.

Así entrará en una carta la materia que exigiria en caso contrario un volúmen.

En primer término, y para fijar bien el punto de partida, quiero que sepas la definicion del trabajo que dan varios autores. *Trabajo es la aplicacion de las fuerzas del hombre á la materia para modificarla y acomodarla á los diferentes usos de la vida.*

Ahora deseo que recuerdes todo cuanto llevamos dicho del trabajo,

ponderando su virtud y encareciendo su necesidad, y de fijo comprenderás que la negacion del trabajo supone la negacion de la vida.

Pero no sólo es necesario el trabajo; es preciso tambien saber aplicarlo.

Recuerda, si no me crees, el im-probo trabajo que le costaba al tonto del cuento iluminar la iglesia de su pueblo entrando el sol á esportadas, y al no más discreto que trató de secar el mar sacando de él cubas de agua que tiraba al rio.

Por eso, ántes de exponernos á que nos confundan con los dos individuos citados, tratemos de fijar reglas que hagan provechoso nuestro trabajo.

Las principales son la *libertad* y

la *division* del mismo, y encierran tal importancia, que sin ellas se hace imposible la produccion.

Libertad del trabajo, bien lo comprendes, es la facultad que cada uno tiene de dedicarse al ramo de produccion á que más inclinado se siente. En vano se trataria por una estúpida legislacion de coartar esta libertad, que aún en los tiempos de mayor despotismo se alza sobre la ruina de todos los derechos políticos. Pudo, sí, hallarse sometida á numerosas cortapisas que la dificultaban; pero al paso que las libertades políticas mueren siempre por el abuso, la libertad del trabajo sabe abrirse paso á traves de todas las conmociones. ¿Quiéres saber la razon filosófica de esto? Pues nada más sencillo. La libertad política se cobija con una bandera manchada en sangre. La libertad del trabajo levanta una bandera regada por el sudor. La una entraña la impaciencia, el desórden en los deseos, acaso el crimen; la segunda la constancia y la resignacion. En vano lleva Esopo la cadena del esclavo y Giotto se ve precisado á guardar cabras: la libertad de trabajo que se les niega despierta más y más su vocacion, y rompe el primero su argolla y deja el segundo su humilde empleo para ser la admiracion del mundo.

La libertad del trabajo facilita la produccion y la perfecciona. Sin ella

no pueden ser ricos los pueblos.

Por eso la esclavitud, que rechaza el cristianismo, se halla no ménos rechazada por la ciencia económica. Los pueblos de la antigüedad que la admitian fueron grandes, pero no ricos; y si alguno brilló por su riqueza no fué ciertamente producida por él, sino conquistada. Por eso al llegar á la decadencia de su poderio legaron á la posteridad grandes monumentos y admirables construcciones, testigos, como dice Volney, de la esclavitud de una nacion atormentada por el capricho de sus señores; pero sus costumbres se habian perdido, los hábitos productores se habian extinguido, y el descenso fué rápido y terrible.

Compara hoy mismo al esclavo de Cuba con el aldeano de Castilla. El primero, fuerte y robusto, es abandonado é indiferente: el segundo, activo y laborioso. Como al primero no le pertenece el fruto de su trabajo, hace por evitarlo; el segundo no lo descuida un instante porque depende de él su porvenir. Para lograr la produccion es necesario en Cuba un número de brazos diez veces mayor que el que exige en Castilla.

Y si dejando este órden de consideraciones entrásemos en otro más importante, veríamos al esclavo, una vez terminado el trabajo del dia, que le embrutece, soñar acaso en destruir su obra ó romper con

el crimen su esclavitud, al paso que el productor libre ocupa su descanso en idear medios de mejorar sus cultivos y su condicion social, con la instruccion, el ensayo y el consejo. La libertad del trabajo tuvo su mayor enemigo en los *Gremios*, juntas ó asociaciones que tenian en lo antiguo los individuos que profesaban un mismo arte ú oficio; asociaciones que si en un principio fueron convenientes para la comun defensa de cuantos las constituian, llegaron á ser opresoras de la industria fabril por los mismos privilegios que á la sombra de los gobiernos alcanzaron. Pertenecia á los gremios la aprobacion de los aspirantes al ejercicio de una industria; y como sus individuos temiesen la concurrencia del pretendiente, bien porque tuviese mayor habilidad, bien porque fuese á aumentar la produccion hasta aminorar el precio de los artículos, podia estar seguro de encontrar el veto de los *desinteresados* individuos que constituian el gremio. Así se estrellaban en el monopolio los honrados esfuerzos de los industriales más inteligentes; y los gremios, verdaderos verdugos de la libertad del trabajo, motivaron en más de una época y en más de una nacion el atraso de la industria y luchas sordas que llevaron la ruina á las fábricas y la miseria á las poblaciones.

Pasemos ahora á la *division del trabajo*.

Al hablarte en una de mis cartas anteriores de la necesidad de la alianza del hombre con el hombre, te hice ver lo imposible que le sería desempeñar á un mismo tiempo los oficios de albañil, carbonero, labrador, sastre, etc., etc. En esta imposibilidad descansa la division del trabajo, que, como supones, no es más que la necesidad de que dentro de una misma fabricacion se dedique cada uno de los obreros á una parte de las operaciones necesarias á la misma.

Esto es de la mayor necesidad, porque facilita en extremo la produccion, á causa de que cada obrero domina la parte que le está encomendada, tarda poco en ejecutarla y la ejecuta con mayor perfeccion. Repara cuando vayas á casa de Gaisse ó Durand los muchos hombres que se dedican á la encuadernacion y las muy diversas ocupaciones que les están encomendadas. Unos doblan los pliegos con maravillosa exactitud; otros los cosen por el lomo; otros les quitan las barbas en la prensa; otros, guillotina en mano, preparan convenientemente los cartones; otros, en fin, los forran, ó doran los cantos, ó ponen los rótulos. De fijo que cualquiera de aquellos industriales podria, sin auxilio ajeno, encuadernar un tomo; pero acaso no saldria tan regular, y de fijo que tardaria mucho más tiempo del que corresponde repar-

tido el trabajo entre varios. Sin la division del trabajo, diez encuadernadores terminarian al dia veinte tomos por ejemplo: dividido el trabajo, terminan ciento. En el primer caso, el precio de cada tomo encuadernado ascenderia á siete reales para que cada encuadernador obtuviera un jornal de 14; en el segundo puede darse cada tomo por dos reales y ganar 20 de jornal cada uno de los trabajadores.

Y ante la evidencia de los números no hay más que bajar la cabeza.

Al tratar de la division del trabajo, llega el caso de ocuparme brevemente de un trabajador incansable y fuerte, esclavo á veces de un niño, y al que persigue la ignorancia creyéndole un usurpador de jornales. Me refiero á las *máquinas*, esas grandes fuerzas que han sustituido á las del hombre ó de algunos animales, y para las que se utiliza el aire, el agua ó el vapor. Sus detractores las acusan, como he dicho, de ser la ruina de los obreros; pero se engañan ó quieren engañar á los demas. Así como la division del trabajo quintuplica la produccion, la máquina la centuplica y hace que se desarrolle la riqueza pública. Si momentáneamente priva de jornal á diez obreros, pronto la baratura de los productos que elabora hace crecer la demanda y obliga al fabricante á que los llame nuevamente

para surtir de primeras materias al monstruo del trabajo, cuyo apetito no se sacia jamás. Al lado de la máquina, muchos desgraciados que carecian de ocupacion, emprenden asimismo la del comercio y viven y prosperan á su sombra. Pero quiero ir más adelante aún; quiero conceder que en efecto algunos trabajadores son víctimas de las máquinas; pero al lado de aquella desgracia parcial se levanta el bien de los más, que no salen perjudicados ciertamente con lograr los artículos que necesitan, doble mejores y la mitad más baratos, y como dice discretamente el Sr. Hartzenbuch en sus preciadas fábulas:

«Es de necios ó de locos
preferir el bien de pocos
á la dicha general.»

Las máquinas, pues, ejercen una gran influencia sobre la produccion, aumentándola y abaratándola; y como si estos no fueran títulos bastantes á su gloria, tiene además el de ennoblecer la condicion del hombre, que se ve libre por ellas de un trabajo *exclusivamente corporal*, como el que ántes compartia con los animales.

Yo en cuanto á mí sé decirte, que cuando escucho la defensa de los antiguos métodos de fabricacion, reconstruyo en mi mente las épocas pasadas, y veo la tosca camisa, obra de dos meses, y el burdo sayal, im-

penetrable al aseó, queriendo disputar la preferencia en belleza á la batista y al terciopelo. Cierro aquí esta, porque me reservo volver á hablarte de las máquinas en lo su-

cesivo, prometiéndome aducir nuevas razones que te convenzan de su excelencia y uso imprescindible.

(Se continuará.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

¡ESPERA EN DIOS!

Niño del alma,
Dí, ¿por qué lloras?
¿Qué pena, dime,
Nubla tu faz?
¿Dónde caminas
Tan triste y solo?
¿De dónde vienes?
¿Adónde vas?
—Vengo del mundo,
Vengo del polvo;
Hirió mi pecho
Crúel dolor,
Y voy buscando
Plácida calma,
Mas... sólo espero
Hallarla en Dios.
—¿Qué te sucede?
¿Cuál es tu pena?
Dí, ¿por qué, niño,
Lloras así?
—Murió mi madre,
Dejéme solo,
Solo en el mundo,
¡Triste de mí!
—¿Padre no tienes?
—Murió hace tiempo,
Y con mi madre
Solo quedé.
Por eso sufro,
Por eso lloro.
¡Breve, muy breve,
Mi dicha fué!
—No llores, niño,
No desesperes,
Tal vez consuelo
Encontrarás.
—Es imposible:

Muerta mi madre,
Nadie mis lágrimas
Enjugará.
Ella tenía
Para su hijo
Dulces palabras
Como la miel:
Ella lloraba
Si yo lloraba;
Si yo reía,
Ella también.
Ella velaba
Mi calmo sueño,
Siempre á mi lado,
Siempre la vi.
¿Quién cual mi madre
Sabrá quererme?
¿Quién podrá hacerlo?
Responde, di.
¿Quién en el mundo
Mi incierto paso
Como mi madre
Sabrá guiar?
¿Quién si yo sufro
Vendrá á mi lado
Y mis pesares
Aliviará?
—¡Misero niño!
Justa es tu pena,
Grande es la causa
De tu dolor:
Vuelva á tu pecho
La fe su calma:
Reza por ella,
Y ¡espera en Dios!

VENTURA MAYORGA.

CERVANTES.

(23 de Abril de 1616.)

Hay dos fechas célebres en la historia de la literatura de nuestra patria; dos fechas que pudieran sintetizarse gráficamente con estas dos palabras: «vida y muerte.» Las letras españolas se regocijan con el recuerdo de la primera, y visten de luto con el de la segunda.

En 1547 nació en Alcalá de Henares Miguel de Cervantes Saavedra, y el 23 de Abril de 1616 murió en Madrid en una casa de la calle de Francos, conocida hoy con el nombre ilustre del Príncipe de los ingenios españoles.

El nacimiento de aquel niño, en cuya frente brillaba ya la aureola del genio, fué un acontecimiento que pasó tan desapercibido para todo el mundo, como la triste muerte del venerable anciano cuyo nombre ha pasado á la posteridad.

El manco de Lepanto pasó su vida oscurecido por las sombras de la miseria, y postergado muchas veces por las intrigas de la envidia y las asechanzas de la traicion; pobre y olvidado de los que le conocían, no tuvo más remedio que luchar con las contrariedades del infortunio; pero cuando creía tocar al término de sus afanes; cuando, juz-

gándose vencedor, esperaba que despuntase el día que había de alumbrar su victoria, le sorprendió la muerte, sin otro consuelo que la esperanza que abrigaba su corazón en la justicia eterna.

No pasó mucho tiempo sin que el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra fuera un timbre de gloria en la república de las letras. El autor del *Quijote*, joya de nuestra literatura, no había muerto para la posteridad; aquel que, como soldado, mereció las consideraciones del héroe; el que, defendiendo á su patria, fué preso en Argel y arrojó toda clase de vicisitudes por su Dios y por su rey, no podía morir sin dejar su nombre escrito con caracteres indelebles.

La fama que tan justamente hoy goza, es un motivo más para que no se olviden sus sacrificios y la abnegación con que sufrió los horrores de su suerte: el que hoy tanto merece, el que con tanto entusiasmo es aclamado universalmente como gloria de nuestra literatura, no tuvo inconveniente alguno en aceptar los puestos más humildes y hasta desempeñar un destino de comisionado de apremio para aten-

der siquiera á las necesidades de la vida, á costa de la privacion de su libertad.

Las estatuas que le han levantado, son un testimonio del renombre que merece y que supo conquistarse: por todas partes se oye el nombre de Cervántes con respeto y admiracion: los centros literarios le dedican sus sesiones: establécense en España y en el extranjero instituciones cervantistas, cuya mision consiste en adquirir cuantos datos sean posibles para enriquecer los conocimientos que se tienen de su vida y de sus obras: su misma patria, que tan poco amiga es de manifestaciones de esta naturaleza, le ha tributado honores de todas clases y le ha levantado diferentes estatuas; una de ellas es la que hay en Madrid en la plaza de las Cortes, y que reproduce el grabado de este número. Finalmente, la Real Academia Española, depositaria de las gloriosas tradiciones de nuestra literatura, celebra anualmente solemnes sufragios religiosos por el alma del más esclarecido de los cultivadores de las letras.

Las obras de Cervántes, malvendidas por él en vida, forman numerosos volúmenes que se han reimpresso infinitas veces, y han sido traduci-

dos á todos los idiomas. *Las Novelas ejemplares*, *El Viaje del Parnaso*, sus numerosos pasos cómicos y sus tragedias resplandecen por igual en cuanto á la elegancia en el decir, acabada pintura de caracteres y cabal conocimiento de las pasiones; pero sobre todas ellas descuella su admirable ficcion de *Don Quijote de la Mancha*, inagotable en bellezas, en intencion y en profundidad; mezcla extraña de idealismo y realismo, en la cual se unen el llanto con la risa y el donaire con el consejo; pintura de un loco que busca la verdad y la belleza y se sacrifica por la virtud, entre las carcajadas y el ludibrio de los que se juzgan prudentes y razonables. Tan alto y merecido concepto ha formado la posteridad de este libro, que no hace mucho se vendió en ocho mil duros un ejemplar de su primera edicion, cantidad verdaderamente fabulosa y que no sabemos que haya alcanzado otra obra alguna. Su autor habia vivido victima de toda índole de miserias, pesares y persecuciones: su cadáver habia sido enterrado poco ménos que de limosna. ¡Triste y extraño contraste de la suerte reservada al genio por el mundo!

JOSÉ RUIZ NORIEGA.



Estatua de Cervantes, en la Plaza de las Cortes.



LA CONCIENCIA.

CUADRO INFANTIL EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.

PERSONAS.

ELVIRA. } Niñas de corta edad.
LOLA. }
D.^a PACA, Maestra.

La acción pasa en un Colegio de niñas.

El teatro representa una sala bien decorada. En el fondo dos jardineras. Sobre la de la izquierda una caja de dulces. Espejo de regular tamaño encima de las jardineras. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA y Doña PACA.

ELVIRA. Hoy le he dado una limosna
A una pobrecita ciega

Que estaba con cuatro niños
A la puerta de la iglesia.

D.^a PAC. Bien hecho.

ELVIRA. Así me dijeron
Los que estaban á la puerta.
¡Eres un ángel del cielo!
¡Jesus, qué niña tan buena!
El domingo cuando salga
De misa, busco á la ciega,
Y cuando me miren todos
Voy á darle una peseta.

D.^a PAC. ¡Cuando te miren! de modo
Que á estar sola, no le dieras
Ni un céntimo...

ELVIRA. Yo no sé...

Pero quiero que se sepa.
 D.^a PAC. Ya lo saben Dios y el pobre...
 ¿Para qué mas recompensa
 Que el placer que al hacer bien
 Inunda nuestra conciencia?
 Cuando das esa limosna,
 Prestas alivio á la enferma,
 Das blando pan á sus hijos
 Y sus harapos remiendas.
 Acaso evitas un crimen;
 Acaso con tu moneda
 Hácia la virtud inclinas
 El peso que balancea.
 Enjugas penoso llanto,
 Y en tanto la pobre ciega
 Con los ojos de su alma,
 Que jamás cubren tinieblas,
 Te ve descender ferviente
 Llena de luz y belleza,
 Como ángel de la esperanza
 Al rincón de su miseria.
 El bien y el mal se producen
 Aunque ninguno los vea;
 En la soledad de un alma
 Crimen y virtud se encuentran.
 Suelen las buenas acciones
 Ser á modo de violetas
 Que exhalan ricos perfumes
 Ocultas bajo la yerba,
 Y un pensamiento malvado
 Basta á manchar la inocencia,
 Que el alma es nieve, y no puedes
 Limpiarla ni deshaciéndola...

ELVIRA. Pues mi amiga Lola dice
 Que cuando nadie se entera
 De lo que una hace...

D.^a PAC. ¿Qué?

ELVIRA. No es una mala.

D.^a PAC. Ni buena.

ELVIRA. Lo que se sufre y se goza
 Interiormente no es regla,
 Pues con sufrir ó gozar
 Y callarse ¿quién lo observa?...

D.^a PAC. El juez de nuestras acciones,
 Dios, la santa Providencia
 Que da el premio ó el castigo
 En el cielo y en la tierra.
 Los criminales que ocultos
 En soledad y tinieblas
 Roban y asesinan... nadie
 Los ve, nadie los acecha...
 Y el delito se decubre...
 Júntanse indicios y pruebas,

La justicia les persigue,
 Les alcanza, les condena...
 Mucha veces ellos mismos
 Desesperados se entregan,
 Que es acusador terrible
 E implacable la conciencia.
 En lo mas hondo del alma
 Deja de tal modo impresa
 Cualquier falta, cualquier sombra
 De pecado... que allí queda
 Aunque los años trascurren;
 Podrá blanquear tu cabeza
 La nieve del tiempo, y nunca
 Blanqueará tu conciencia;
 Y si desgarrarse el alma
 En cien jirones pudiera,
 En los jirones verías
 Cómo iba tu falta impresa.
 La conciencia á todas horas
 Es constante compañera;
 Va en nosotros noche y día
 Y mientras dormimos vela.
 Da vida y á veces mata,
 Es algo que alumbra y quema
 Que infunde alegre esperanza
 O inspira mortal tristeza.
 Es trono de los humildes,
 látigo de la soberbia,
 Torcedor de la avaricia,
 Aguijón de la pereza;
 Infierno del malo, cielo
 De los buenos en la tierra.
 Sé buena por serlo, hija;
 Olvida las apariencias,
 Y nada te importe el mundo
 Si para Dios eres buena. (*Vase.*)

ESCENA II.

ELVIRA sola.

¡Qué bien habla esta señora!
 Claro, ¡como es que Maestra!
 La religion y moral
 Que aprendemos en la escuela,
 De fijo se la ha sacado
 Solita de su cabeza.

ESCENA III.

ELVIRA y LOLA.

LOLA. ¡Elvira!

ELVIRA. ¡Lola! Me alegro

Que vengas.
 LOLA. ¿Sí? ¿Por qué causa?
 ELVIRA. Porque estoy de mal humor...
 Ayer me dejé en la sala
 De clase un alfiletero...
 Aquel bonito—el de plata,
 Y se me ha perdido: ¿sabes
 Dónde estará?
 LOLA. Yo—¡qué gracia!
 ¿Crees que hubiese esperado
 A que tú me preguntaras?
 ELVIRA. No, mujer... como te sientas
 A mi lado... si mi hermana
 Se entera, va haber jaleo.
 Yo no he salido de casa
 Y tiene que estar aquí.
 LOLA. Te asomaste á la ventana
 Y quizá...
 ELVIRA. Sí; me asomé
 Despues de notar la falta.
 Como yo sepa quién es
 La ladrona...
 LOLA. ¡Qué palabra!
 ELVIRA. La que roba, ¿qué es? Ladrona.
 Si no, mira la gramática.
 Si la descubro... lo digo,
 La dejan á pan y agua,
 Y un año seguido voy
 A llamarla así en el aula.
 LOLA. Ya te guardarás muy bien...
 ELVIRA. ¿La defiendes?
 LOLA. ¡Calla, calla!
 ELVIRA. No me has dicho que seguías
 La carrera de abogada.
 LOLA. Es... es...
 ELVIRA. Te pones lo mismo
 Que cuando no sabes nada
 Y te preguntan.
 LOLA. ¿Te ries?
 ELVIRA. Claro, si has perdido el habla.
 LOLA. Yo...
 ELVIRA. Te apuesto la merienda,
 O una estampita calada,
 A que sabes quien lo tiene...
 LOLA. El alfiletero.
 ELVIRA. Vaya...
 Lo sabe, lo sabe...
 LOLA. ¡Tonta!
 ELVIRA. ¡Ay! te pones colorada...
 Es la conciencia.
 LOLA. Sí: justo
 Con las ventanas cerradas,
 Hace un calor...

Si están todas
 Abiertas.
 LOLA. ¿Sí?
 ELVIRA. ¿Qué te pasa?
 Estás como una amapola.
 LOLA. Adios, que no me hace gracia
 Que te burles de mí...
 ELVIRA. (*Deteniéndola.*) ¡Eh!
 Amiguita, no te escapas;
 O me dices eso, ó cuento
 Ahora mismo lo que pasa;
 Te da miedo que me acerque.
 LOLA. ¡Ay Jesus!
 ELVIRA. (*Tocándole el bolsillo.*)
 ¿Qué es lo que guardas
 En el bolsillo? Me dejas
 Que te registre?
 LOLA. No.
 ELVIRA. Anda.
 Mira que tengo mas fuerzas
 Que tú... no tiembles: aguarda
 A ver.
 LOLA. Déjame.
 ELVIRA. No quiero.
 Es una cosa de plata,
 Entre los dedos reluce.
 ¿Estás llorando?
 LOLA. De rabia.
 ELVIRA. Es mi alfiletero. (*Se lo quita.*)
 LOLA. ¡Elvira!
 ELVIRA. Qué fea estás.
 LOLA. Por Dios... Calla.
 Te juro...
 ELVIRA. Nada me jures.
 ¡Con qué tranquilidad faltas
 A todos los mandamientos!
 Eres muy mala... muy mala.
 Si la Maestra lo sabe...
 Tiene razon la pasanta;
 Debíramos confesarnos
 Una vez cada semana.
 Por esta vez te perdono:
 ¡Y como otra vez lo hagas!...
 LOLA. (*Timidamente.*)
 ¿Me guardas rencor?
 ELVIRA. Ninguno.
 LOLA. ¿Me quieres?
 ELVIRA. Con toda el alma.
 LOLA. Dame un beso.
 ELVIRA. (*Besándola.*) Toma uno,
 Dos, tres, cuatro, cinco...
 LOLA. Basta
 ¿Qué hay encima de esa cómoda?

ELVIRA. ¿Pues no lo ves?—una caja...
 LOLA. Voy á cogerla... no alcanzo...
 Anda tú que eres mas alta.
 ELVIRA. No quiero...
 LOLA. Me subiré...
 En esta silla.
(Lola sube en un sillón.)
 ELVIRA. Muchacha,
 No seas loca...
 LOLA. Ay, qué lujo...
 ¡Cuántas flores!
 ELVIRA. Escarchadas.
 Qué preciosa, ya está vista.
(Lola trata de abrir la caja.)
 Déjala... no, no la abras:
 Esta caja debe ser
 La que el Marqués de las Casas,
 Abuelo de Virtuditas,
 Le regaló á Doña Paca.
 LOLA. Ya está abierta.
 ELVIRA. ¡Cuánto encaje!
 LOLA. Si es papel...
 ELVIRA. Pues si se mancha,
 Nos lucimos si alguien viene.
 LOLA. ¡Qué bombones!
 ELVIRA. Son de plata.
 LOLA. Costarán mucho dinero.
 ELVIRA. Ya verás como se caigan.
 LOLA. Ten la caja.
 ELVIRA. ¿Para qué?
 LOLA. Para volver á cerrarla
 Sin miedo...
 ELVIRA. Venga... anda pronto.
 LOLA. Tiemblas como una azogada.
 ELVIRA. Dichosos dulces: á veces,
 Siendo tan dulces amargan.
 LOLA. Claro; cuando no se comen
 Y se ven... Ay ¡qué avellanas!
 ¿Quieres una?
 ELVIRA. Deja eso...
 LOLA. No alborotes... si te enfadas,
 Echo á correr y te dejo
 Aquí sola con la caja.
 ELVIRA. No por Dios... cierra.
 LOLA. Qué tonta,
 La boca se me hace agua.
 No contándoselo á nadie,
 Si tú no fueras tan rara...
 Probaríamos los dulces:
 Luego ¿quién lo averiguaba?
 Estamos solas tú y yo,
 Solitas; lo ves, ni un alma.
 ELVIRA. Las paredes oyen... si...

LOLA. Aunque oigan, como no hablan.
 ELVIRA. También hablan las paredes.
 LOLA. En las comedias de magia.
 ¿Quieres uno, sólo uno?
 ELVIRA. Volvemos á las andadas...
 LOLA. Vaya, adios... ya no me junto
 Más contigo...
 ELVIRA. No... ni falta
 Que me hace.
 LOLA. Nunca he visto
 Niñas como tú: ¡qué maula!
 Pues yo he de probar los dulces.
 ELVIRA. Qué bonita es esa caja...

ESCENA IV.

ELVIRA sola.

Hermosos los dulces son...
 Qué ricos deben estar;
 Si me llegan á encontrar
 Sola en esta habitacion,
 Creerán... sí... de contado...
 Cualquiera lo pensaria:
 Yo bien me los comeria
 Si eso no fuera pecado.
 Me voy... si salir me ven
 Las colegialas que están
Fisgando... sospecharán,
 Y si no salgo también...
 Y quizá alguna chismosa
 Dirá que culpable he sido...
 Si al fin me hubiese comido
 El dulce, seria otra cosa.
 Lo que me pasa no sé,
 Estoy fuera de mi centro;
 Siento aquí dentro... muy dentro,
 Una angustia, un no sé qué.

ESCENA V.

Dicha, LOLA.

Siento ruido, qué será...
 ¡Lola! me ocultaré aquí...
 Viene... por los dulces... sí...
(Se oculta detras de un portier, y observa.)
 LOLA. Sola estoy... vamos allá...
(Abre la caja de dulces.)
 Uno sólo... cogeré...
 Qué tontunas... dice Elvira
 Cosas que nadie las mira,
 Se empeña en que alguien lo ve.
 Ahora aquí me encuentro sola,
 Me como á gusto esta yema...
 Y ¿quién lo sabe? qué mema

Es Elvira...

ELVIRA. (¡Pobre Lola!)

LOLA. Cierro otra vez, y no altero
Nada. ¿Vendrán? (*Observando.*)
(Nada escucho...
Los dulces se ocultan mucho
Mejor que un alfiletero. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ELVIRA.

¡Lola! se fuè... no me oyó;
Al fin un dulce ha cogido.
¡Que á gusto se lo ha comido!
Voy á coger otro yo.
No hay nadie... bien dice Lola;
Debo aprensiones dejar,
Nadie me puede acusar...
Estoy sola... nadie... sola.
Tomo un dulce, y al jardín:
Con las demas me confundo,
Y al cabo, por esto el mundo
No ha de tocar á su fin.
Me subiré en el sillón.

(*Sube al sillón que hay inmediato á la jardinera de la izquierda, y abre la caja.*)

¿Vacilo ó tiemblo? ya cede
El resorte... ¿Cómo puede
Ser tan sereno un latrón?
No sé como haya persona
que robe.

(*Elvira ve su imagen en el espejo que está colocado sobre la jardinera, y ereyendo que es otra niña da un grito de asombro, y queda poseida del mayor terror.*)

¡Ah! ese reflejo.
¡Otra niña en el espejo
Que viene á robar! ¡ladrona!

ESCENA VII.

Dicha, y Doña PACA.

ELVIRA. La caja ¡déjala ahí!
Que te van á llevar presa.
¡A esa!

D.^a PAC. ¡Qué! Si eres tú...

ELVIRA. ¿Esa?

¡Qué horror! Yo no soy así.

D.^a PAC. Serénate.

ELVIRA. Por Dios...

D.^a PAC. Calma...

No... no temas que te riña:

Ese rostro, pobre niña,
(*Señalando el espejo.*)

Es el rostro de tu alma;
Siendo de hermosura centro,
¡Quién al mirarte dijera
Que eres tan bella por fuera
Como horrorosa por dentro!
Fuiste victima del mal,
Y en hora triste y menguada,
Tu mala accion retratada
Viste al punto en el cristal.
Causando en nuestra existencia
Los más duros sacrificios,
Siempre pone nuestros vicios
De relieve la conciencia.
De la humanidad en pro
Alumbra con su reflejo:
La conciencia es un espejo
Puesto en el alma por Dios.
En su preciado cristal,
Todos los humanos ven
Las hermosuras del bien
Y las fealdades del mal.
Y cada uno en sí mismo
Halla castigo ó consuelo,
Mirando su alma en un cielo
Ó en el fondo de un abismo.
Que es miseria la opulencia
Y el placer farsa ilusoria,
Y vano incienso la gloria
Si no hay paz en la conciencia.
Ella castiga el pecado
Y nunca en sus fallos miente,
Da ventura al inocente,
Y da martirio al malvado.
Y es vano que éste huya en pos
De un rincón donde salvarse:
¿En dónde podrá ocultarse
De la mirada de Dios?

ESCENA FINAL.

Dichas, y LOLA.

D.^a PAC. No llores, y enmiéndate.
(*Doña Paca examina la caja, á tiempo que llega Lola.*)

¿A ver cuántos dulces faltan?

LOLA. Yo no he sido, yo no he sido.

D.^a PAC. ¿A qué vienes? ¿quién te llama?

Ahora que nadie te acusa,

Son vanas tales palabras:

Tu conducta es sospechosa.

LOLA. Pues bien... puesto que soy mala,

No quiero que nadie sufra
Solamente por mí... basta.

ELVIRA. ¡Lola!

LOLA. Elvira es inocente.
Yo fui quien abrí la caja:
Yo me he comido los dulces.

D.^a PAC. Ahora tu conciencia habla.

ELVIRA. Yo iba á coger una almendra,
Pero no pude alcanzarla.

LOLA. Perdon.

ELVIRA. Perdon.

D.^a PAC. No lloreis,
Las dos estais perdonadas...
Tú por no saber ser buena,
Tú por intentar ser mala:
Confesais vuestro pecado,
Os arrepentis, y basta
Para que perdon alcance
Vuestras gravísimas faltas.
Aunque nada hubiérais dicho,
Al veros tan agitadas,
Hubiera yo conocido

De esa agitacion la causa.
El mal huye avergonzado
Al hallar virgen un alma,
Los pecados de las niñas
Salen por eso á la cara.
Cogiste lo que no es tuyo, (A Lola.)
Y á impulso de fuerza extraña
Confesaste tu delito
Contrita y avergonzada.
Tú seguiste el mal ejemplo,
Y al ver tu accion retratada
En el cristal de un espejo,
Te causaste horror y lástima.
*Procurad, niñas hermosas,
Vivir en plácida calma;
Que no turbe la conciencia
Con el dolor de sus ansias.
Pregone su voz tan sólo
Vuestras inocentes gracias,
Y en su espejo brille pura
La santa virtud del alma.*

CONVERSACIONES DE UN PADRE CON SUS HIJOS SOBRE HISTORIA SAGRADA.

CONVERSACION CUARTA.

La noche nos dice bien claramente que estamos en el corazón del invierno, pues silba el viento que es un primor y cae el agua á torrentes azotando nuestras ventanas; observo en vuestros semblantes así como señales de que sentís una cosa como parecida al miedo; no temáis, niños míos, pues aquí estamos libres de todo peligro por un favor de la Providencia, que se ha dignado concedernos un techo abrigado, una habitacion cómoda y la gratisima compañía de vuestros

padres, que velan sin cesar por vuestra tranquilidad y bienestar. Lo que sí debemos es agradecer á Dios este favor singular, y pedirle consuelos y auxilio por los que á esta hora cruzan el alborotado mar ó la solitaria montaña. Acercaos un poco más hácia mí, léjos de las ventanas para no sentir tanto el ruido del viento y del agua, y podáis oír mejor lo que voy á contaros hoy, que es la historia de Cain y Abel.

Recordareis perfectamente que suspendimos nuestra última conversacion en el punto y hora en que Adan y Eva fueron arrojados del Paraíso; pues bien, á poco de este triste suceso vinieron al mundo Cain y Abel. Era el primero de estos dos hermanos de oficio labrador, y dedicado exclusivamente al trabajo de la tierra; tenía el genio áspero y duro, en armonía con sus sentimientos, que no eran muy buenos, al contrario de Abel, que se distinguia por su sencillez y bellísimo corazon; y tanto, que Dios Nuestro Señor recibia con agrado los sacrificios que éste le ofrecia de lo mejor y principal de sus ganados, demostrándoselo visiblemente, pues hacia, segun testimonio de San Pablo, que bajase fuego del cielo á consumir sus holocaustos. A Cain, sin embargo, no le pasaba lo mismo, por lo cual andaba cabizbajo y triste. Ya se ve, sus ofrendas no subian al cielo; ¿y sabéis por qué, amados de mi alma? porque Abel, al dar á Dios lo más granado y escogido de sus ganados que pastoreaba (se me olvidó decir que ejercia el oficio de pastor), lo hacia de corazon y sin esperar recompensa, sólo para demostrar agradecimiento por los bienes que recibia de su mano y en accion de gracias, así como Cain en sus ofrendas era esquivo y tacaño, escatimando todo cuanto podia y ani-

mado por el interes que esperaba. Esto fué causa de su mal, como veremos.

Adan y Eva sobrellevaban con santa resignacion los trabajos á que Dios les habia condenado por su desobediencia, complaciéndose en la sencillez y virtuosa vida de su hijo Abel, cuyos sacrificios eran tan agradables al cielo: De este modo iban pasando tranquilamente los años, sin que la más ligera nube empañase su pobre hogar, entregados á sus faenas ordinarias; todo, pues, seguia allí sin la menor alteracion; pero llegó un dia en que habia de ser probada su virtud haciéndoles sentir en parte las consecuencias de su pecado.

Ellos, con su fatal curiosidad, habian traído al mundo grandes males, como son las pasiones, los vicios y el dolor, que, extendiéndose por sobre la tierra, vinieron despues á llenar los corazones de los hombres, sufriendo *ellos* tambien, los primeros, sus terribles consecuencias; y las sufrieron, niños míos, como vais á ver ahora.

Ya os he dicho que Cain abrigaba en su pecho malos instintos y se sentia como llevado hácia el mal: así sucedió que poco á poco fué apoderándose de su corazon la envidia—ruin pasion—y á mirar con muy malos ojos la bondad y virtud de su hermano Abel.

Esto es frecuente en el mundo,

que los jóvenes que por su desgracia viven entre los vicios y tienen malas costumbres, no pueden resistir á los que siguen el camino del bien, y son notados por sus buenas prendas y actos de virtud. Fijaos, para que veais la verdad de esto, en cualquiera de los jóvenes que andan descaminados, y notareis cómo al oír los elogios que se hacen de otros de su edad, vuelven el rostro como avergonzados y tratan de pasar á otra cosa, ó permanecen en mal entendido silencio; y es, niños míos, porque el bien ó la bondad tienen un encanto irresistible hasta para los malos, que conocen su mérito y su valor, y se desesperan de no poder seguirles é imitarles al ver cómo aquellos son queridos y estimados.

De aquí el que Cain no pudiese ver delante de sí á su hermano, ya por la envidia que se habia enseñoreado de él, ya tambien porque su vista le ponía en relieve su mal proceder. Su vida era desasosegada é inquieta, agriándose dia por dia su génio agreste y sombrío, y una idea terrible habia cruzado por su mente que en vano pretendia desechar, y como su corazon no era sano ni

recto, cada vez aquella idea iba agriándose hasta que se apoderó de él por completo: esta idea era asesinar á su hermano. ¡A tal extremo le habia llevado su perversion!

Dominado, pues, Cain de tan funesta idea, no pensó ya otra cosa más que en buscar los medios de realizarla: esto le era muy fácil; y una mañana, acercándose Cain á Abel, invitóle á dar un paseo por los inmensos bosques que rodeaban á aquella tierra virgen, paseo que Abel aceptó gustoso. ¡Pobre Abel! cuya alma candorosa y buena no podia creer tanta perfidia y crueldad! Juntos pasaron por aquellas verdes praderas que el sol naciente comenzaba á colorear, donde alegres apacentaban los corderillos que eran las delicias del inocente Abel, y con cuya vista se recreaba por última vez.

Hermosos horizontes se desplegaban á su vista, reinando en la naturaleza un dulcísimo sosiego, y aparecia el cielo velado ligeramente con nubes de bellissimo color de fuego aquí y allí esparcidas.

(Se continuará.)

RAMON SEGADÉ CAMPOAMOR.

